

BUS STOP

Seudónimo: BARUTAKI

No recuerdo bien quien me puso allí, solo recuerdo que lo hizo en invierno. Sí allí estaba yo, con un número grande en mi costado y una cubierta con asientos muy cómodos elevados sobre el suelo. Todavía olía a nuevo cuando llegó la primera persona, era un señor mayor, el tiempo que estuvo lo pasó mirando su móvil y haciendo llamadas, estaba nervioso. Al principio me sentí bien por no estar solo mi primer día en ese rincón del Aljarafe. Sin embargo, el hombre se marchó cuando llegó un autobús y volví a quedarme en soledad. No pasó mucho tiempo antes de que llegara más gente: una madre con dos niños, un par de estudiantes, un chico marroquí... Todos se detenían y esperaban a un autobús que, de forma regular, comenzó a parar ante mí cada día. Comprendí entonces que tenía un trabajo privilegiado y que iba a conocer a mucha gente. ¡Era una parada de autobús! Me gustó la idea de aportar algo de sombra en los días de calor y refugio cuando llovía mientras esperaban. Resultaba interesante ver tantas caras y tan distintas cada día. Una mañana apenas amaneció, se acercó una chica, buscaba algo entre sus cosas sin encontrarlo. Tras unos meses viendo muchas personas, sabía que, si alguien aparecía, le iba a ayudar. Rezaba para que la chica no se fuese caminando sola por la carretera y tuviese un accidente. Por suerte llegó Paco, un camarero que trabaja en Triana y al verla se ofreció a ayudarla incluso pagándole el billete. Más tierna fue la historia de dos estudiantes que se conocieron en mis asientos y cada día él la esperaba con una sonrisa, impaciente como cualquier enamorado. Era maravilloso ver como se besaban y pasaban un largo rato juntos antes de seguir disfrutando. Una madrugada, vi venir a un perrito, parecía abandonado y cansado. Se sentó bajo

mi asiento buscando refugio hasta que se repuso tras pasar la noche. En una ocasión ayudé a una señora embarazada que tuvo un desmayo, gracias a unas personas que dejaron pasar su autobús y la sentaron en mis asientos para socorrerla, quedándose con ella hasta que llegó la ambulancia. De vez en cuando venía un chico con una furgoneta, me daba un lavado que me dejaba oliendo a limpio y brillante. Confieso que nunca me ha gustado que algunos jóvenes inconscientes golpeen mis lunas laterales sin motivo o me pinten con spray. Eso es lo más doloroso de ser parada de autobús. Han pasado ya unos años y siempre es igual y distinto. Yo sigo siendo una parada de autobús reluciente. A veces llega gente en silencio, no hacen nada, ni miran el reloj. Es todo un misterio su destino y lo que piensan. ¿Van al hospital, al trabajo, de compras, a estudiar? De algunos es fácil adivinarlo por su ropa o pertenencias. A otros, cuando suben al autobús, los miro con cariño deseándoles un silencioso... ¡Buen viaje!